



Optimismo vs pesimismo

JOSÉ VIRTUOSO, S.J.

Los resultados del último estudio de opinión pública de *Consultores 21* sobre el “clima de la nación” señalan una clara diferencia positiva, prevaleciendo el optimismo, durante los dos años de gestión de Chávez, en comparación a la tendencia pesimista sostenida durante 1989-1999.

Un proyecto político sustentado sólo en el carisma de un gran líder y su respaldo popular, como fuente de legitimidad y de optimismo en el futuro, hacen que tenga los pies de barro.

Algunos estudios de opinión pública construyen una variable compleja de percepción social denominada “el clima de la nación”. Esta variable se compone de varios datos y busca medir la diferencia entre optimismo y pesimismo de la opinión pública con respecto al bienestar social previsible en el futuro inmediato. Los resultados del último estudio de opinión pública reportados por la empresa *Consultores 21* sobre el llamado “clima de la nación” señalan una clara diferencia positiva, prevaleciendo el optimismo, durante los dos años de gestión del gobierno de Hugo Chávez Frías, en comparación a la tendencia claramente pesimista sostenida durante los 10 años que transcurren entre 1989-1999. En esencia el clima de optimismo se sustenta en la percepción de que el futuro personal y colectivo será mejor que el presente. Esa confianza en el futuro mejor está centrada en:

- La identificación de logros concretos por parte del gobierno en el área social y política.

- Chávez ha logrado la legitimación de las instituciones del Estado y el gobierno.
- La percepción de Chávez como un líder capaz de resolver los problemas presentes y futuros.
- La percepción de que Venezuela requiere de cambios radicales y Chávez es capaz de provocarlos.
- No se identifican liderazgos personales ni colectivos que estén en capacidad de competir con Chávez.

Esta percepción no deja de ser paradójica ante la realidad que señalan los datos socioeconómicos y la imagen del país que se proyecta en los medios. En efecto, la pobreza extrema se sitúa aproximadamente entre el 45 y 50%, lo que significa que más de 10.000.000 de venezolanos perciben salarios inferiores a Bs 200.000. El desempleo abierto alcanza cifras muy altas y la economía informal se ha convertido en la fuente fundamental de ingresos para la gran mayoría. Por su parte, los medios reflejan un ambiente permanente de problemas sociales no resueltos y de tensiones y conflictos permanentes. Con todo lo cual se hace difícil pensar que en el país predomina el optimismo frente al bienestar por venir. Pero allí están los datos para corroborarlo. Lo cual nos obliga a considerar el sustento de ese optimismo para comprenderlo y actuar en consecuencia.

No olvidemos la historia reciente

Desde la crisis de 1989, el país pidió a gritos el cambio y la transformación de los grandes problemas: empobrecimiento generalizado, corrupción, inseguridad social y deterioro progresivo de la legitimidad política. El liderazgo político de turno permaneció mudo ante la expectativa del cambio. Es más, produjo claros signos de desinterés ante ello y reforzó la imagen de su negativa a cambiar. Sólo Hugo Chávez supo recoger esas expectativas y logró hacer responsable de la situación del país a ese liderazgo sordo, lo cual le permitió exterminarlo sin mayor dificultad. Con lo cual se produjeron varias operaciones políticas bien conocidas: Chávez acabó con los responsables de los males del país, puso punto final a la desprestigiada historia de la democracia y se convirtió en el único héroe de la escena. Dos años de campaña electoral y la permanente confrontación política contra los enemigos de la revolución refuerzan esta imagen del salvador y mesías. El lenguaje religioso, el manejo de los medios y su carisma peculiar, contribuyen a reforzar esa imagen.

Al mismo tiempo, Chávez, como nadie, ha sabido explotar su imagen de caudillo popular. El representa al pueblo y está haciendo una revolución a favor de ese pueblo

marginado y explotado por la antigua clase política, es su vindicador directo. Su cercanía al pueblo, su lenguaje, su pertenencia física a ese mismo pueblo, provocan un binomio muy difícil de descomponer: representación = identificación.

Desde esta visión del gran líder y padre se puede esperar confiadamente en un futuro mejor y promisorio. Es verdad que hay graves problemas, y el pueblo que los padece está más consciente que nadie. Sin embargo, hay en quien creer, en quien confiar, en quien esperar, ese que se ha mostrado honesto, trabajador, luchador, combativo a favor de las grandes necesidades de la mayoría. Además, el gran líder cuenta con el poder político necesario para actuar, domina todas las instancias del Estado, cuenta con el respaldo y apoyo de la Fuerza Armada, tiene popularidad y legitimidad. El respaldo de las inversiones nacionales de empresas extranjeras y el alza sostenida en los precios internacionales del petróleo, unido a la estabilización de los indicadores macroeconómicos, refuerzan la percepción de un líder no sólo con buenas intenciones sino con capacidad de acción.

Los optimistas, aunque tienen plena conciencia de que la responsabilidad última en la solución de los problemas del país la tiene el Presidente, reclaman en directo a los funcionarios del gobierno, a quienes se les pide más compromiso con la gestión del Presidente, más idoneidad en sus funciones y capacidad de desempeño. A la oposición, le piden colaborar en vez de estorbar y la descalifican fácilmente, y a los medios, le piden más benevolencia en el tratamiento de la figura presidencial.

Elementos preocupantes

Hay una visión muy simplista de la construcción política de la realidad. Se piensa por parte de los gobernados que la felicidad la República depende fundamentalmente de la buena y capaz voluntad política del gobernante. El gobernante piensa a su vez que basta la confianza y la apuesta total del colectivo en esa y por esa voluntad política. La simplicidad del razonamiento no implica falsedad sino una verdad a medias, que si no se completa, nunca será verdad total. La construcción política de la realidad implica construir consensos para articular esfuerzos, saberes, capitales, haberes, etc, implica institucionalización de normas y procedimientos, implica la creación de riqueza, la descentralización efectiva. La felicidad de la República requiere la construcción de un Estado moderno y de la madurez de la ciudadanía para relacionarse con él. Ese Estado se sustenta en el peso institucional de su modo de proceder y en las normas y leyes que aseguren su accionar democrático, justo y equitativo.